

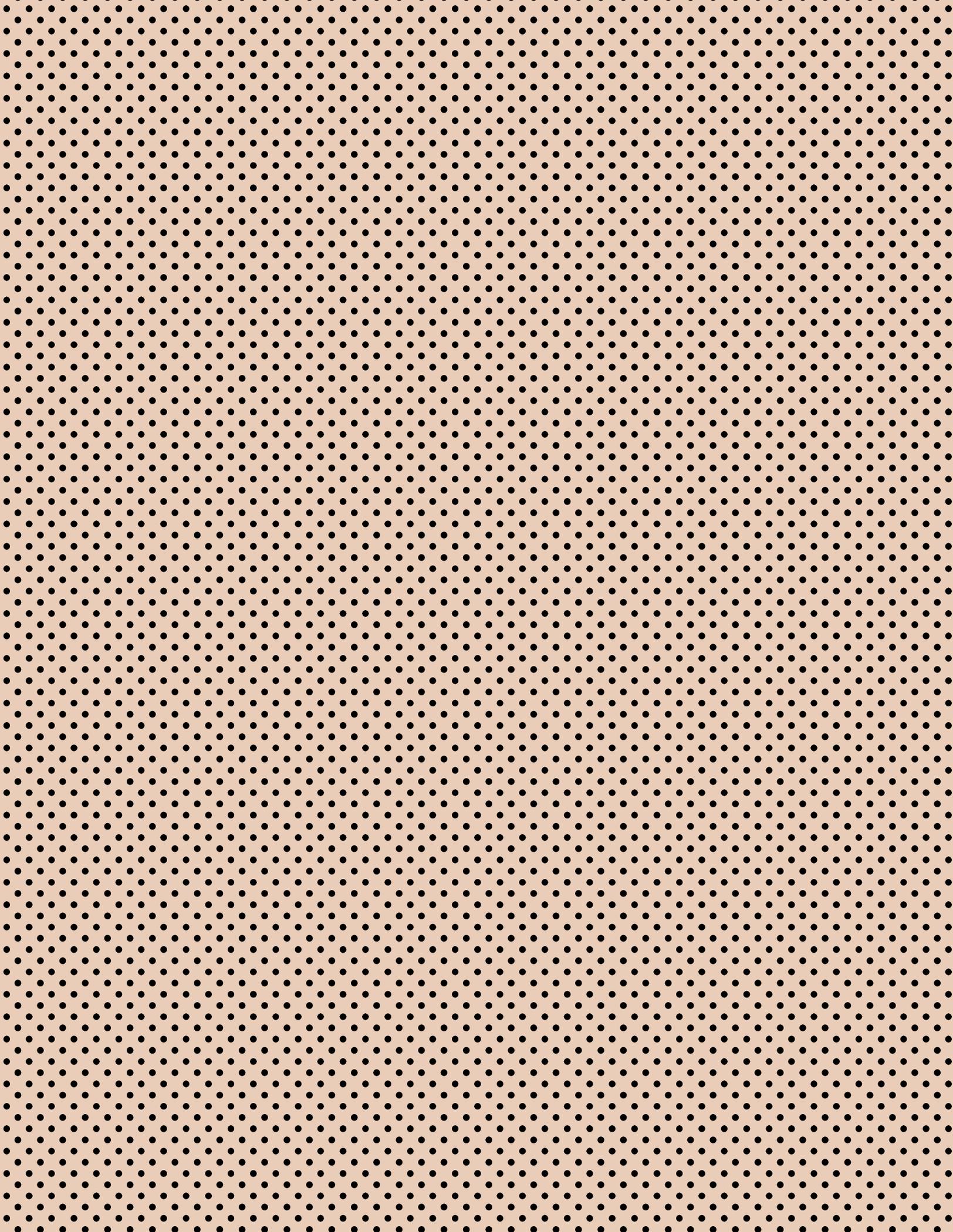
Órgano oficial del Alma Máter desde 1909

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

OSCA R
ACOSTA
2015



UNAH
UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE HONDURAS



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

Edición:

Año Académico Oscar Acosta, 2015

Director:

Óscar Armando Valladares

Asesor Literario:

Rafael Rivera

Levantamiento de texto:

Sarahí Maradiaga y Diana Paredes

Revisión:

Evelia María Andino

Diseño gráfico:

Mónica Andino

Impresión:

Editorial Guardabarranco

Producción:

Dirección de Cultural

(direccióndecultura@yahoo.com)

Edificio del CISE, planta baja, contiguo al Salón de
usos múltiples, Ciudad Universitaria, UNAH Teguci-
galpa, Honduras, Centroamérica.

CONTENIDO

6
Homenaje Póstumo “Poeta Oscar Acosta”
Palabras Director de Cultura

8
Acuerdo de Consejo Universitario

9
Lorem Ipsum
Msc. Aleyda Romero

10
Oscar Acosta, Amigo
Poeta Pompeyo del Valle

12
En Memoria de Oscar Acosta
Embajador Hernán Antonio Bermúdez

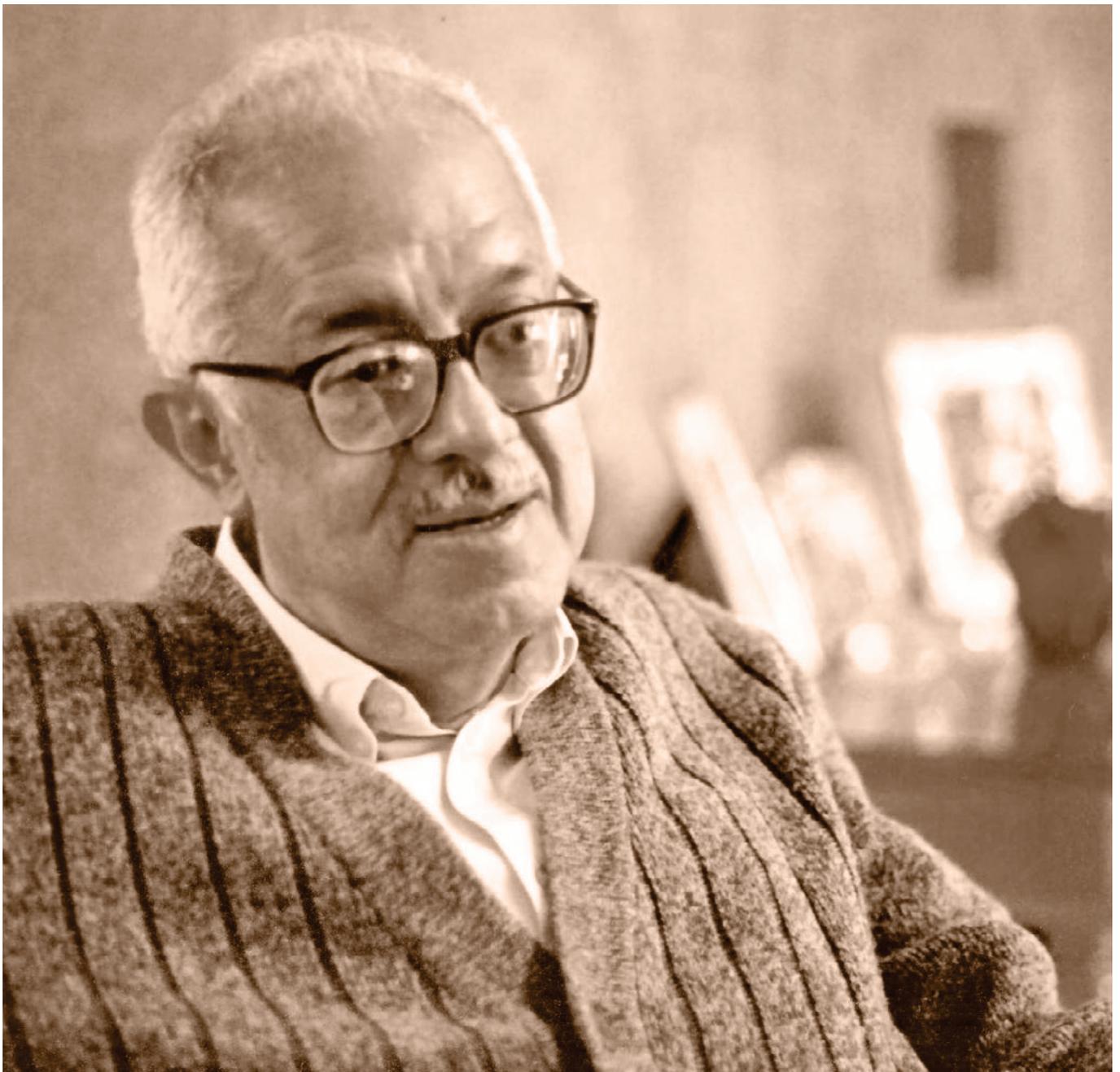
14
Homenaje al Poeta Oscar Acosta
Abog. Carlos López Contreras

16
Oscar Acosta, el viento que viene de su nombre
Poeta Rolando Kattan

18
“Homenaje de cuerpo presente a Oscar Acosta”
Acosta, concordancia entre la vida y la muerte
Señor Juan Ramón Martínez

22
Oscar Acosta, cultura en su máxima expresión
Señor Ricardo Alonso

Palabras Director de Cultura
HOMENAJE PÓSTUMO
POETA OSCAR ACOSTA



Sra. Rectora, Julieta Castellanos, Sra. Aleyda Romero, Presidente de la Junta de Dirección Universitaria; Sr. Embajador Hernán Antonio Bermúdez; Poeta Armando Valladares; autoridades universitarias que nos acompañan; distinguidos familiares de don Oscar Acosta, invitados especiales, medios de comunicación, muy buenas tardes.

En principio agradezco la presencia de todos y cada uno de ustedes en este significativo y sentido homenaje póstumo que la UNAH hace a uno de los más connotados intelectuales de nuestro país., don Oscar Acosta Zeledón.

No voy a referirme a los méritos literarios del poeta Acosta, lo harán los distinguidos expositores que nos acompañan esta tarde, solamente subrayar que hemos querido honrar la memoria de este ilustre hondureño resaltando sus múltiples facetas como escritor que incursionó en los ámbitos de la poesía, la narrativa, el ensayo y el periodismo, además de su labor diplomática mediante la cual realizó notables esfuerzos de promoción del arte y las letras hondureñas en los países donde cumplió sus asignaciones oficiales como Perú, España, Italia y

El Vaticano.

De igual manera que-remos destacar su labor incansable como editor, antólogo, académico y promotor cultural durante más de cincuenta años durante los cuales forjó un legado para la actual y futuras generaciones por su dedicación casi absoluta a las letras y su constante exaltación en América y Europa de los valores hondureños.

Su meritoria labor como editor y promotor cultural lo llevó a realizar una valiosa colección de libros que él llamó “Cuentos completos” en las cuales recopiló las narraciones de Froylan Turcios, Víctor Cáceres Lara, Alejandro Castro hijo, Arturo Martínez Galindo, Marcos Carías Reyes, Arturo Mejía Nieto, entre otros.

Durante su etapa periodística actuó como jefe de redacción primero y luego como sub-director del diario El Día; fue jefe del Departamento Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras y Director de la Revista de la Universidad y de la Revista Honduras Literaria; algunos de los ejemplares editados durante su gestión pueden apreciarse hoy en la ofrenda especial que hemos preparado en su honor al igual que las

primeras ediciones de sus libros, pinturas y retratos de su persona elaboradas por destacados pintores como Mario Castillo y Miguel Ángel Ruiz Matute.

Fue representante en Honduras de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, con sede en México y de la Comisión de Libertad de Prensa de la Sociedad Interamericana de Prensa.

En 1993, en consideración a sus méritos personales y su brillante carrera intelectual recibió la Orden José Cecilio del Valle en el grado de Gran Cruz Placa de Plata; Fue condecorado con la Orden Bernardo O’ Higgins de Chile en 1968; , la Orden del Sol del Perú en 1958; la Encomienda de la Orden del Mérito Civil de España firmada por Francisco Franco en 1973, con la Orden del Quetzal de Guatemala en el grado de Gran Oficial en 1973; Orden Caballero de la Gran Cruz otorgado por el Presidente del Gobierno Italiano Sandro Pertini en 1983 algunas de estas condecoraciones pueden apreciarse en la ofrenda-montaje en su honor.

No me resta más que agradecer de nueva la presencia de cada uno de ustedes, en especial de la familia de don Oscar Acosta

quienes tuvieron la gentileza de facilitarnos las ediciones de sus libros, revistas, condecoraciones especiales y algunos documentos personales como su pasaporte, licencia de conducir, carnet de residencia española entre otros.

Para concluir mi intervención y dar pie a los expositores, procederé a dar lectura al Acuerdo emitido por el Honorable Consejo Universitario que declara el año 2015 como “Año Académico Oscar Acosta”.



Acuerdo sobre Año Académico 2015 Acuerdo No. _____ 2014

Considerando: Que tanto la constitución de la República, La Ley de Educación Superior como la Ley Orgánica, asignan objetivos precisos a la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, entre los cuales figuran: fomentar y difundir la ciencia, la identidad, el arte y la cultura en general;

Considerando: Que en el marco del Plan Integral de la Reforma Universitaria y de su irrenunciable autonomía, nuestra institución sustenta el compromiso de contribuir al desarrollo educativo, científico, tecnológico y humanístico del país por medio de sus proyectos y programas, particularmente el Programa Lo Esencial de la Reforma Universitaria;

Considerando: Que en el marco del Programa Lo

Esencial de la Reforma Universitaria a fin de operacionalizar sus componentes ética, identidad, cultura, ciudadanía en especial para el componente de Identidad se han establecido los años académicos culturales de la mano de figuras nacionales y/o modelos moralizantes tales como: Juan Ramón Molina, Visitación Padilla, Froilan Turcios, Ramón Oquelí, Clementina Suarez, Roberto Sosa, Lucila Gamero. En este sentido los años académicos culturales son una tradición y una obligación de esta universidad desde el año 2008;

Considerando: Que el Plan Estratégico de la UNAH 2014-2018 Y el Proyecto de nuevas Normas Académicas ya incorporan lineamientos teóricos de Lo Esencial que deben ponerse en práctica;

Considerando: Que están

consolidados los Grupos Gestores de lo Esencial a Nivel de Centros Regionales Universitarios y que la Dirección de Cultura tiene una nueva dinámica de trabajo, contando con su diagnóstico, plan estratégico y la propuesta de Política de Cultura en Proceso;

Considerando: Que el Poeta Oscar Acosta fue un profesional multifacético (Poeta, Historiador, Narrador, Diplomático) y por lo tanto es un modelo moralizante digno a seguir por parte por las futuras generaciones universitarias y no universitarias;

Considerando: Que la temática de la obra de Oscar Acosta es una poesía y literatura identitaria orientada a valorar en su verdadera dimensión a los próceres y a la realidad Nacional de Honduras.

Considerando: Que a

consideración de la crítica literaria a) Rompe con formas tradicionales de verificar e incorpora elementos que la vanguardia había aclimatado, desde hace muchos años, en tierras de América. b) Son versos escritos con una sencillez que despoja a la palabra de toda falsedad, permitiendo que a través de ella podamos tocar la vida misma. c) Una obra que explora el formato de la minificción y hace que el cuento hondureño se abra a otra dimensión. d) Su obra marca la ruptura con ese lenguaje imitativo del realismo tradicional gracias a una prosa imaginativa y fluida. e) Ha sido uno de los personajes más significativos de la intelectualidad hondureña;

Considerando: Que entre sus libros emblemáticos, “Poesía menor” y “El arca”, ambas obras son signifi-

cativas en el curso de la literatura nacional, no solo por su originalidad, sino porque introducen las nuevas tendencias de las letras en español entre los escritores hondureños. Su producción literaria también consta de otras obras como “Rafael Heliodoro Valle, vida y obra” (1964), “Memorial de la Cancillería”, selección de textos y notas (2004), entre otros, que en total suman 15 obras, en las que también hay antologías de poesía y cuento hondureño;

Considerando: Que entre los galardones que recibió están el Premio de Poesía

Rubén Darío, en Nicaragua; el de Ensayo Rafael Heliodoro Valle, entregado por la UNAH; el Nacional de Literatura Ramón Rosa y el de los Juegos Florales Centroamericanos de Quetzaltenango, Guatemala;

Considerando: Que el reciente fallecimiento del Poeta Oscar Acosta (15 de julio del 2014) ha dejado un vacío en el ámbito de las Letras nacionales y se hace obligatorio no dejar en el olvido su vida y obra.

Por tanto el Consejo Universitario, en aplicación del artículo 3 numeral 3) y 4) de la ley Orgánica de

la UNAH y del artículo 2) literal a) del Reglamento General de la Ley Orgánica, Acuerda, Primero: Nombrar el año académico 2015 “Año Académico Oscar Acosta”;

Segundo: Elaborar de forma participativa el Macro proyecto cultural Oscar Acosta “La Identidad cultural de la Nación” (involucrando a facultades y Centros Universitarios Regionales);

Tercero: Designar a la Vicerrectoría Académica como coordinadora del año académico, para que la misma emprenda las acciones

estratégicas y operativas a través de la Dirección de Cultura, con el concurso de la Facultad de Humanidades y Artes y el Sistema de Difusión y Extensión Cultural;

Cuarto: El presente acuerdo es de ejecución inmediata. Comuníquese.

OSCAR ACOSTA, *AMIGO*

Por Pompeyo
del Valle

Con Oscar fuimos amigos desde la tarde soleada en que nos conocimos, cuando él y yo éramos todavía unos adolescentes...

Nos presentó Adolfo Alemán o David Moya Posas. No lo recuerdo ahora (tengo serios problemas con mi memoria) pero fue en la puerta de acceso a las oficinas y talleres de la imprenta Coello, donde se imprimiría la revista de Artes y Letras “Surco”, que comenzaba a circular bajo la dirección del poeta Claudio Barrera.

Como he contado ya en otras ocasiones, Oscar vestía el uniforme gris, de dril, con birrete, guerrera con botones de metal, cinturón, correa y botines negros del Instituto Central, donde estudiaba.

Este centro de enseñanza se alojaba en esa época en el vetusto edificio erigido a un costado de la Iglesia La

Merced, por cuyos solitarios corredores y pasadizos, transcurrió la sotana del Padre José Trinidad Reyes, fundados de nuestra Alma Máter.

La imprenta Coello, a poca distancia de aquí, se había convertido en un punto de encuentro de los poetas ya con algún renombre, lo mismo que de los aspirantes a conquistar la fama con sus creaciones, pero observados con algún recelo por los primeros.

De este modo fue cómo se conformó el núcleo de lo que más tarde se conocería como “Generación del 50” y que comenzó con David Moya Posas, Armando Zelaya, Adolfo Alemán, Oscar Acosta y yo, aunque sin ningún programa

compartido, sólo con una vaga idea de la democracia (acabábamos de salir de una dictadura de tres lustros) como fórmula política salvadora.

Así que el nuestro fue un movimiento literario disperso, estético, político e ideológicamente contradictorio. Con el correr del tiempo, el núcleo generador fue desapareciendo como tal. Cada uno de sus elementos buscó su propio camino. De cualquier modo, fue en ese período de nuestra historia cuando empezó a configurarse la poesía hondureña actual, resultado de un trabajo mayormente consciente y exigente en las innovaciones formales.

Más tarde, ya desintegrado el grupo, Oscar y

yo fuimos descubriendo la gran riqueza de la poesía del mundo (sin olvidar a Neruda, nuestro gran hermano mayor.) conocimos deslumbrados los altísimos nombres de Nazim Hikmet, Miguel Hernández, León Felipe, Vicente Alexandre y tantos otros.

Muy joven, Oscar entró en el servicio diplomático y esto le permitió ver más mundo del que puede ver un hondureño común. Igual, le permitió conocer a la que sería la madre de sus hijos y a quién comparó con las naranjas. Habló de Delmy, su musa de siempre y para siempre.

En la escritura aparece:

*Diríase que tu reino
llega a mover siempre mi mano
que marcas con tu fuego benévolo
la extendida piel de la primavera,
que tu olor viene en vasijas
de cedro armonioso y alto
y que tu nombre se escribe
acumulando, sin saberlo,
todo el rocío del mundo.*

Así recuerdo a Oscar: esforzado, generoso, entregado con pasión a su trabajo, riéndose a carcajadas con sus amigos.

Tegucigalpa, octubre de 2014

En Memoria DE OSCAR ACOSTA

Por Mario Mejía

Al fallecer Oscar Acosta el pasado mes de julio, Honduras pierde a un escritor de enorme talento que durante más de cinco décadas –y por diferentes vías– enriqueció la vida cultural del país. Con Roberto Sosa se disputa, palmo a palmo, el papel de haber sido la figura literaria más prominente de su generación. Curiosamente ambos poetas mueren a la misma edad: 81 años.

Es un hecho conocido que desde muy joven Acosta descubrió su vocación por las letras y publicó su valioso libro *Poesía menor* de manera precoz, a los veinticuatro años. Tras un período de vida en Lima, Perú, donde inició su trayectoria diplomática, regresa al país a ejercer un intenso trabajo de periodismo cultural. En esa misma época escribe también *El arca*, una colección de innovadores relatos cortos que rompen con la monotonía costumbrista y el tedioso enclaustramiento que –hasta entonces– hacían estragos en la narrativa hondureña.

Además de Jefe de Redacción (y luego Sub-Director) del desaparecido diario *El Día*, condujo *Letras* en la arena, página cultural que mantenía al lector al corriente de las novedades a nivel mundial. De ahí a fundar la memorable revista literaria *Extra* no hubo sino un paso. También en la UNAH tuvo a su cargo la revista de la universidad.

A la vez encontró tiempo para escribir una muy legible y solvente biografía de su maestro Rafael Heliodoro Valle, que aún hoy no ha podido ser emulada. Con Roberto Sosa, primero, y con Pompeyo del Valle, después, Acosta acometió la tarea de compilar y publicar antologías de poesía y cuento, que conservan su valor como referencias del canon literario hondureño de ese entonces.

Infatigable gestor cultural, Oscar Acosta se propuso abrir su amplia red de publicaciones a autores inéditos, con generosidad y desprendimiento. Y ello no resulta extraño pues te-

nía algo del “cazador de talentos incipientes o desconocidos”.

De temple moderado, el poeta se caracterizó por su tolerancia hacia las ideas de los demás y fue siempre capaz de dialogar e interactuar con personas de diversas ideologías políticas. En una palabra, era alérgico al sectarismo, a la incivildad y a la incultura.

No deja de sorprender a sus lectores en 1971 con la aparición en Costa Rica (bajo el sello editorial EDUCA) de *Mi país*, poemario airado y contestatario, en contravía del lirismo y sosiego de su poesía anterior. Luego vienen sus dos destinos diplomáticos como Embajador en Madrid y en Roma, y después el retorno definitivo a Honduras.

Una vez aquí vuelve a lo suyo: establece la Editorial Iberoamericana (tras la primera aventura de Nuevo Continente junto a Irma Leticia de Oyuela, en los años 60), y, como empedernido fundador de revistas, crea nuevas publicaciones e inaugura una novedosa sección cultural en un periódico capitalino. Fue, para utilizar el ácido término local, nuestro “revistero” mayor.

Para el caso, la militancia en la Academia de la Lengua de la que llegó a ser Presidente, una especie de nota al pie de página en sus años postreros, desembocó en una buena revista, fruto de su empeño en animar, una vez más, el ámbito literario y la creatividad.

Se trata, pues, de una vida dedicada por entero a las letras y a los libros, lo que supo entretener con sus misiones en el Servicio Exterior y en la Cancillería. Oscar Acosta fue el prototipo del embajador letrado e ilustrado, en la línea de Rafael Heliodoro Valle: su intelecto le permitió representar a Honduras de manera brillante en el extranjero. Y, justo es decirlo, la diplomacia de ninguna manera afectó su quehacer literario.



Sin embargo, no hay duda de que él querría ser recordado sobre todo como poeta, pues allí reside su aporte principal a la literatura hondureña, al haber procreado (a la par de Roberto Sosa) un lenguaje poético depurado y riguroso, desprovisto de excesos retóricos, y reconciliado con el habla sencilla de todos los días.

En suma, Oscar Acosta prestigió al país como diplo-

mático ejemplar, fue uno de los mayores constructores de la cultura literaria hondureña (a la que supo “apretarle las tuercas”), y será recordado por su inteligencia, erudición y destreza con la palabra escrita. El maderamen de su obra promete ser inmune a la polilla y al olvido.

Tegucigalpa, noviembre de 2014

Homenaje AL POETA OSCAR ACOSTA

Universidad Nacional Autónoma de Honduras
Centro de Cultura y Arte
Comayagüela, M. D. C., 5 de noviembre de 2014
Palabras del Abogado Carlos López Contreras



Oscar Acosta, como Embajador de carrera, fue siempre meticuloso y prudente, sutil en sus palabras, pero claro en su contenido.

Oscar tenía un sentido del humor y de la broma inteligentes, que no desperdiciaba en nimiedades. Cuando poníamos en marcha una gestión oficial o personal y no obteníamos por respuesta más que el silencio, él utilizaba el calificativo más fuerte que se le ocurría para valorar esa conducta y decía con una sonrisa serena: “esa persona es desatenta”.

Oscar era un hombre de convicciones claras, en lo político, social y económico; pero no intentaba imponérselas a los demás, porque el derecho a la libertad de conciencia iluminaba su vida y todas sus actuaciones.

El Embajador Acosta era un hombre tolerante; en el

ámbito intelectual, rechazaba la fórmula política de que “no hay libertad para los enemigos de la libertad”. Su Revista Política que ilustró durante muchos años a los círculos intelectuales y diplomáticos sobre Honduras, constituye en verdadero testimonio para la historia del sentir y pensar de Honduras en diferentes épocas.

Como buen diplomático, Oscar era un admirable anfitrión de alegres y memorables tertulias ofrecidas en la hospitalidad de su casa; allí se daban cita para compartir en armonía festividades, personas de distintas concepciones ideológicas, de diferentes partidos políticos, status social y económico.

El Embajador Acosta era un gestor de las letras y de la historia: a todos sus amigos nos insistía en la necesidad de escribir nuestras experiencias y memorias; de dejar testimonios, como un

camino para escribir con una verdadera perspectiva la historia de Honduras; si no lo hacemos –decía– tendrá razón el poeta al expresar que la historia de Honduras se puede escribir “en una lágrima”, pero una lágrima que cae en el vacío y, ese vacío, tomado como punto de partida, daría lugar a una historia inventada.

En el período 1986/1990, desempeñándose él como Embajador ante el Gobierno Italiano y, posteriormente, ante la Santa Sede, la Cancillería lo traía todos los años a Tegucigalpa en el mes de septiembre para que coordinara la preparación de su memoria anual. Con ese documento, que siempre fue muy completo y entregado con puntualidad, se puede examinar la historia diplomática de esa época de Honduras en todas sus incidencias.

Algo que hasta ahora

resulta inédito es que, mientras se ventilaba el juicio con El Salvador ante la Corte Internacional de Justicia, los dos Gobiernos exploraron la posibilidad de lograr un acuerdo negociado global sobre el diferendo terrestre y marítimo y dejar como único tema de la controversia la discusión de la soberanía sobre Meanguera y Meanguerita, cuya decisión, si así lo hubieran decidido los dos Estados por medio de sus órganos competentes, podría haberse sometido a la decisión de la Santa Sede. Las exploraciones con El Salvador no cristalizaron y, en consecuencia, todo el diferendo fue resuelto por la Corte Internacional de Justicia por medio de la sentencia del 11 de septiembre de 1992.

Oscar Acosta era, en esos años, nuestro Embajador en Santa Sede y con su profesionalismo y credibilidad en dos oportunidades me acompañó a explorar la posibilidad de que la Santa Sede actuara en ese diferendo limitado.

El Embajador Acosta era también un investiga-

dor compulsivo: en una visita que hizo a París descubrió en una tienda de antigüedades una litografía ecuestre del General Francisco Morazán, vestido de civil, del siglo XIX, elaborada por el grabador Cisneros y, siendo él Embajador en Italia, la hizo reproducir en el Instituto Italo Latinoamericano; esa

vo para el Gobierno de Honduras numerosos documentos de interés para la defensa de nuestra soberanía.

Como Embajador de carrera, él estaba muy preparado para ejercer su oficio; pero gozaba de una ventaja comparativa frente a otros Embajadores: su altísimo nivel cultural que

Oscar era un hombre de convicciones claras, en lo político, social y económico; pero no intentaba imponérselas a los demás, porque el derecho a la libertad de conciencia iluminaba su vida y todas sus actuaciones.

litografía, años más tarde, serviría como inspiración para las alegorías morazánicas de nuestro célebre pintor Miguel Ruiz Maturte que, con su particular estilo muralista y modernista, proyecta en lienzos tridimensionales.

Y, así como descubrió y adquirió esa litografía, en sus incursiones por tiendas de libros y documentos antiguos, también obtu-

lo convertía en interlocutor válido de las expresiones de la cultura hondureña y amplio conocedor de la cultura universal.

Oscar Acosta, el viento que viene de su nombre

Por Rolando Kattan

Fueron muchas, muchísimas, veces cuando a mis amigos mayores y más instruidos, les consulté sobre algún dato, de nuestra malhecha y trunca historia literaria, que obtuve como respuesta: “Pregúntale al Poeta Acosta, que él debe saber”, porque en efecto, él lo sabía.

Oscar Acosta era en carne y hueso una institución. Dotado de un gran talento como escritor y de ese trato, de nobleza y generosidad, que define a los caballeros, además de escritor ejerció también como diplomático, fue periodista, editor, antólogo, gestor cultural, crítico y bibliógrafo. Una institución que ahora falta, pero, que a partir del estudio de su legado nos es posible encontrar, al menos, una ruta que nos conduzca a reconstruir, sobre sus ideas y principios, lo perdido con su muerte.

Hace veinte años cuando lo conocí, el poeta ya sufría

de una miopía muy aguda, por eso lo recuerdo leyendo los libros a un par de centímetros de su cara, como si al leerlos también los besara. Había en él una relación amorosa libro-hombre y de ella quizás el secreto de su prodigiosa memoria, todo cuanto había leído parecía recordarlo, como lo vivido en un buen amor.

Un amor que era extensivo a los creadores, su casa era un espacio abierto para el encuentro, en su mesa, de una sola pieza de caoba para catorce comensales, celebraba, con un brindis, los nuevos libros que aparecían, aún conservo aquella carta, escrita a máquina y firmada a mano, que me enviara, como una invitación para celebrar la publicación de la antología de poesía emergente de Honduras, “La Hora Siguiente”. A esa cena acudimos algunos de los incluidos en el libro, pero también, Rigoberto Paredes o José Adán Castelar, para que todos ahí reunidos,



fortaleciéramos su discurso: “Promocionar siempre un encuentro intergeneracional, para bien, de nuestra tradición literaria”.

Su biblioteca, constituye el fondo personal más rico en literatura en territorio hondureño, ahí hay tantos volúmenes como anécdotas de un bibliófilo, de aquel que escudriñaba las librerías de ocasión con la paciencia, aprendida quizás, de los buscadores de oro del río Guayape, y los que no, los compró de dos en dos, para compartirlos o para asegurar la permanencia de al menos un ejemplar entre sus estantes, y ahí están entonces, las primeras ediciones de Borges, de Cortázar, de Neruda, vecinas de otras más recientes, pero no menos valiosas, como de Caballero Bonald o Mario Vargas Llosa, dedicadas y firmadas para el poeta.

Como director de la Academia Hondureña de la Lengua, resucitó aquella revista que se editaba en los tiempos de Jorge Fidel Durón y propuso (¡Qué logro!) ante los representantes de la academia de la lengua de Iberoamérica, la edición conmemorativa, crítica y a su vez popular, del Quijote, idea que continuaría, a modo de colección, con obras de Gabriel García Márquez, Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Mario Vargas Llosa.

En su residencia en Europa, Alfonso de Borbón, Duque de Cádiz, que fungía como Presidente del Instituto de Cultura Hispánica, definió a don Oscar Acosta, entonces embajador de Honduras ante el Reino de España, como un “excelso cantor de esa hermosa naturaleza” a razón de la publicación de “Alabanza de Honduras” (Anaya, 1975) una antología concebida con la idea de dar a conocer nuestra tierra, devastada en ese tiempo por el huracán “Fifi”, a modo de agradecimiento por la ayuda material que se recibía de España.

Con esa misma fórmula publica después “Elogio a Tegucigalpa” (1978) una selección de los escritos que iluminan desde diversos vértices el imaginario de una ciudad aparentemente inédita.

Y, como otra alabanza, la publicación junto al poeta Roberto Sosa de las antologías de la nueva poesía y de cuento hondureño, dejan en claro el interés constante del poeta Acosta, por predicar, si en el baldío, en el baldío. Otros ejemplos son la fundación de la “Editorial Nuevo Continente”, en donde se editaron colecciones como “El Pensador y su mundo” para reseñar la vida y la obra de ilustres hondureños como Rafael Heliodoro Valle o



Paulino Valladares, o los recordados “Hondulibros” editados como suplemento por diario “EL Heraldo” y que constituyen el primer esfuerzo por masificar el pensamiento y la literatura en nuestra geografía.

Sus libros “Poesía Menor” y “El Arca” editados ambos en Perú, son según común acuerdo de los críticos dos piezas fundamentales de nuestra literatura, dos puertas estéticas que mostraron nuevos rumbos a nuestras letras.

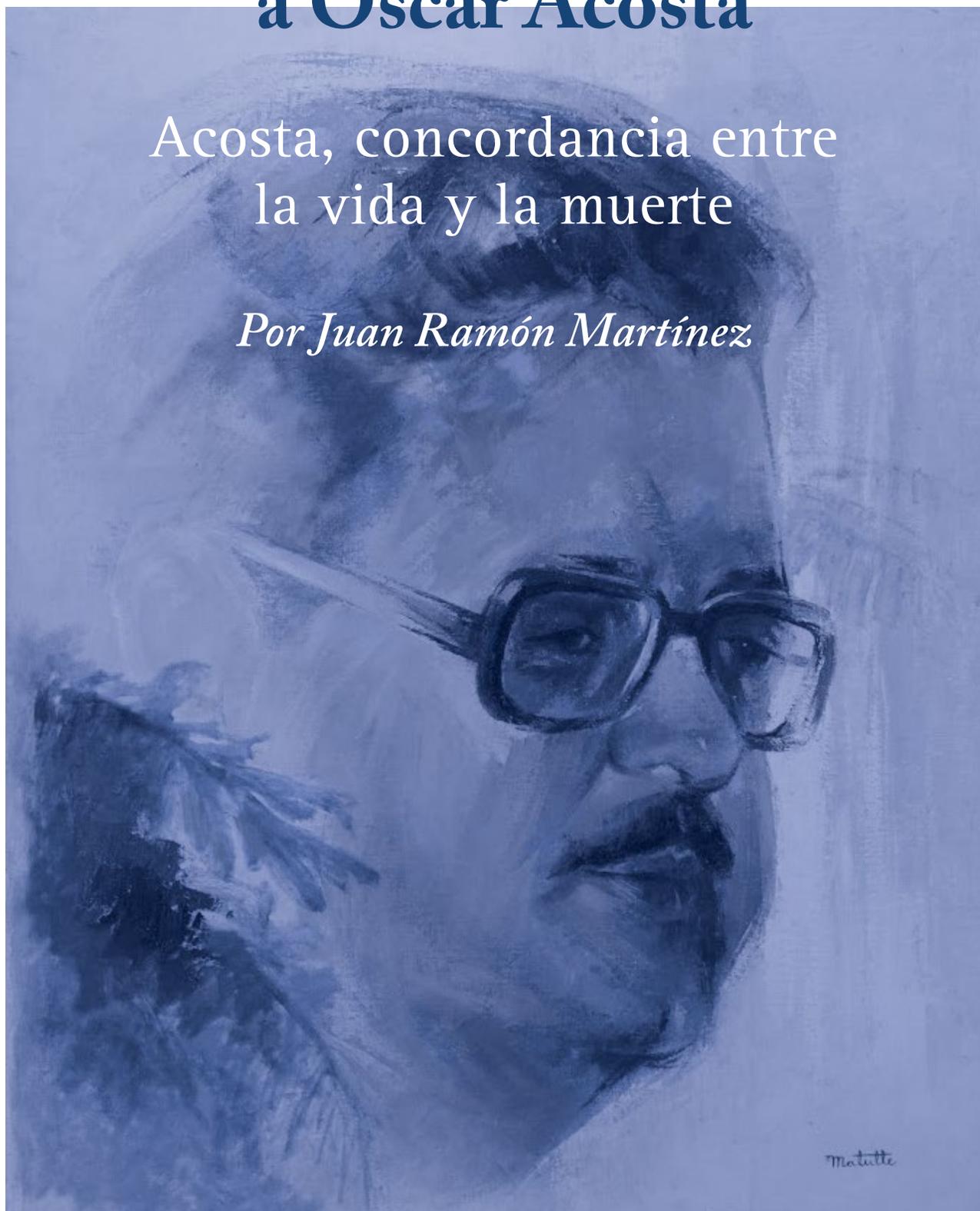
La paradoja taxativa en aquella sentencia de Alberto Uclés: “Honduras progresa a pesar de sus

gobiernos” se resuelve con nombres propios: Rómulo Ernesto Durón, Froylán Turcios, Rafael Heliodoro Valle, Medardo Mejía, Ramón Ouelí y Oscar Acosta, hombres que, más allá de su creación literaria, descifraron su espacio y su tiempo, para construir, piedra a piedra, los cimientos de sus castillos etéreos, y a la postre, la salvaguarda de nuestra tradición e imaginario.

Homenaje de cuerpo presente **a Oscar Acosta**

Acosta, concordancia entre
la vida y la muerte

Por Juan Ramón Martínez



Tuve conocimiento de Óscar Acosta (Tegucigalpa 1933-2014) por la correspondencia literaria que gentilmente nos enviaba desde la Librería Universitaria José Trinidad Reyes, Juan Ramón Fúnez, Director de la misma. Desde allí, tomé nota de sus bellísimas poesías amorosas, su dedicación a la divulgación de los literatos del extranjero, al lado de su interés por divulgar entre las nuevas generaciones, la obra de Arturo Martínez Galindo, Pompeyo del Valle, Roberto Sosa, Tulio Galeas, Pompeyo Barrera y otros más. Su magisterio, lo hacía, interrumpida brevemente su carrera diplomática, por medio de “Honduras Literaria” que editaba la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Un tiempo después, Acosta se reincorporó al mundo diplomático y yo me trasladé a Tegucigalpa en donde los afanes estudiantiles, me alejaron temporalmente de los intereses literarios. Por ello, en Tegucigalpa nunca tuve interés en conocerlo. E incluso en el exterior, en 1976 –donde fui invitado por el Rey de España en compañía de líderes cooperativistas latinoamericanos- no tuve interés de saludarlo, pese a que entonces se desempeñaba como embajador de Hon-

duras en Madrid. No me conocía y yo era un ilustre desconocido que anticipaba que no representaba ningún valor para el representante diplomático de nuestro país. Livio Ramírez, el agregado cultural, nos atendió durante un día a mi esposa y a mí y en una gentileza silenciosa, nos llevó a conocer el edificio y las oficinas de la Embajada. El poeta Acosta no se encontraba allí. Cuando fui a Italia y al Vaticano, en tiempo que Acosta era embajador por las razones apuntadas.

De forma que mi amistad –si cabe el término, porque las personas de edad no siempre están dispuestas a anudarlas en el último tramo de su vida- es relativamente reciente y en la cual trabajamos intenso y continuado conocimiento mutuo con Óscar Acosta. Simpatizamos desde el primer día y nos tuteamos espontáneamente. Nos visitaba frecuentemente en la Editorial Universitaria, en tiempos en que empecé a publicar la colección de cuentos y poesías completas de un grupo de literatos que conforman parte de la identidad nacional. Cuando cumplió setenta años, estando dirigiendo el Canal 13, le invité para que hiciéramos un programa especial. Tímido y modesto como era, declinó el honor.

Inmediatamente me di cuenta que no lo debía invitar nunca jamás –cosa que honré- porque sabía que sus razones eran existenciales y definitivas. En la oportunidad en que Eliseo Pérez Cadalso nos comunicó a Segisfredo Infante y a mí, que junto con Livio Ramírez nos habían escogido para ser admitidos por la Academia Hondureña de la Lengua, de la que Acosta era miembro distinguido, nuestras relaciones se estrecharon. Pero mientras Livio Ramírez ingresó bajo los torrenciales aguaceros de la Tormenta Mitch, nosotros, lo hicimos cuando ya la Academia estaba bajo la dirección de Óscar Acosta. Los actos de mi ingreso se hicieron en la Universidad Pedagógica y el discurso inaugural fue “Barba Jacob en su paso por Honduras”. Contestó el discurso Livio Ramírez, a nombre de la Academia de la Lengua.

En la academia me encontré con Hernán Cárcamo Tercero, que había sido mi profesor de Derecho Bancario en la UNAH y miembro examinador al concluir mis estudios allí; Orlando Henríquez, mi compañero escritor de la Tribuna; Marcos Carías Zapata, Livio Ramírez, Víctor Ramos, Rafael Leiva Vivas, Lesly Castejón, Juan Antonio Medina, Ramón



Hernández, a quien no conocía para entonces; y Elba María Nieto, la dedicada secretaria, entre otros. Destacaba entonces la ausencia de Roberto Sosa que un tiempo después declaró en un periódico local que Acosta lo había expulsado de la Academia. Esta falsedad afectó mucho a Oscar Acosta que no era hombre de triquiñuelas; ni de trampas en contra de sus compañeros. Un tiempo después cuando Lesly Castejón dejó la tesorería, Acosta me propuso para sustituirla, cosa que acepté con mucho agrado. Durante Óscar Acosta fue Director de la Academia y especialmente en el periodo en que fuera directivo este servidor, incorporamos a Segisfre-

do Infante, Nery Alexis Gaitán, Raúl Arrechabala, Galel Cárdenas, Aníbal Delgado Fiallos y Marta Prieto.

Por razones de enfermedad, Óscar Acosta presentó su renuncia y fue sucedido por el Vice Director, Hernán Cárcamo Tercero, el que continuó la obra de Acosta. Hasta el momento en que la Asamblea General acordó sustituirlo por Mario Carías Zapata.

La obra material cumbre: La construcción del edificio de la Academia Hondureña de la Lengua.

Óscar hizo muchas cosas buenas por Honduras. Pero quiero hablar de las menos

conocidas. Entre ellas, la construcción de Edificio de la Academia, ubicado en la Calle la Fuente y la Avenida Lempira de Tegucigalpa. Esta obra fue posible por la concurrencia de dos fuerzas de apoyo: el gobierno de Honduras, en tiempo de Carlos Flores, que cedió en comodato el edificio —en el que funcionó por primera vez la Secretaría de Trabajo y Previsión Social— y el financiamiento para la remodelación que fue proporcionado por la cooperación española. En la documentación y el diseño de la obra, Acosta contó con la invariable cooperación de Víctor Ramos que entonces y ahora, mantenía excelentes relaciones con la cooperación española y la

con la Embajada acreditada en Tegucigalpa. Óscar Acosta creyó que para que la ejecución fuera más transparente, debía nombrar como supervisor de la obra su servidor que seguía siendo el tesorero de la Academia. Junto al Arquitecto Molfino, hicimos la obra, quedando satisfechos por la puntualidad de los constructores y por el pago puntual de las obras construidas.

LA OBRA LITERARIA,
LA DE UN HOMBRE QUE
ABRIÓ NUEVOS CAMINOS

Desde estudiante en el Central, en donde se bachillerato con las mejores notas, Acosta mostró su natural inclinación por las

letras. Antes de cumplir los 19 años, era reportero de diario El Día. Aquí hizo entrevistas, redactó notas sociales y de vez en cuando, tímidamente inicialmente, fue incluyendo notas y artículos de naturaleza cultural. Cuando llegó a ser jefe de redacción, hizo del diario el periódico más literariamente publicado en la historia de Honduras. No solo por las páginas literarias que introdujo, sino que fundamentalmente, por el tratamiento de las noticias. Por supuesto, todavía no había llegado a los tiempos actuales, en donde la noticia está centrada en los delitos, los cadáveres tirados en la calle y los delincuentes con las caras arrogantes que su maldad permite y exhibe golosamente gracias a la voracidad de los periódicos por el amarillismo rampante. Cuando Óscar participó en la dirección de La Noticia, se encontró que el periodismo para entonces había cambiado mucho. Y por ello poco le gustó el experimento. No recuerdo haberle oído orgullos superiores a los que exhibía cuando se refería al diario El Día y las muchas revistas que dirigió como Extra especialmente.

Nombrado Secretario de la Legación Diplomática de Honduras en el Perú, Acosta abandonó Tegucigalpa, para iniciarse en la más provechosa representación de la imagen de Honduras y en aventura literaria más sobresaliente que se tena memoria en la historia nacional. Contrario a otros diplomáticos más tradicionales, óscar Acosta creía que los diplomáticos debían mostrar lo mejor del país que representaba; y que en el conjunto de las virtudes naturales de la Patria común, destacaban la obra de sus escritores, pintores y músicos más sobresalientes. Por ello desde el Perú inicia la más provechosa andadura literaria de un diplomático hondureño. Se aproxima a las nuevas generaciones poéticas del Perú, abreva el sabor de las nuevas corrientes de pensamiento y descubre los alientos variables de creadores que hasta entonces eran desconocidos en Honduras. Toma nota del fin del modernismo y busca, entre las líneas de lo que lee, las novedades en las cuales anclar las naves de su visión oceánica del conocimiento. Al descubrir lo nuevo, Oscar Acosta se descubre en sus personales novedades. Eleva la palabra común, al verso sencillo y directo con el cual no quiere sorprender, sino conquistar a los lectores. Poesía menor, es el primer ejemplo de este largo caminar en que, a cada vuelta del camino, enriquecerá la poesía

hondureña. Y para mostrar su versatilidad, publica El Arca, pequeño joyel de cuentos en los que hay una nueva visión de la realidad y una novísima forma de describirla. Esta pequeña obra, da inicio a una nueva fase de la cuentística hondureña, cuyos efectos todavía encontramos vivos en la creación literaria nacional.

Su muerte deja un gran vacío difícil de llenar.

Oscar Acosta, profesional dedicado a la vida sosegada no por postura sino que por su naturaleza de hombre bueno, vivió largos entre los hondureños. Nacido en 1933, muere de 81 años después en la misma ciudad que le viera dar los primeros pasos, tomado de las manos de sus padres. Aunque había sufrido una caída que le había impedido caminar normalmente, mantuvo pura su mente privilegiada, anudando interesantes conversaciones, hablando de proyectos para su continuidad en sus tres hijos: Sergio, Laura y Rodrigo tenidos en la relación amorosa y matrimonial con Delmi Valdés, dama peruana con la cual contrajo matrimonio en Lima, ordenando su extensa biblioteca y escribiéndose con sus amigos de todo el mundo. Su muerte nos sorprendió a todos los que le respetamos y le quisi-

mos. Sabiendo que el lugar vacío en la Academia de la Lengua, en su condición de revistero mayor de la historia de Honduras y de hombre bueno a carta cabal, será imposible de llenar. Porque Acosta tuvo una característica que no es frecuente: su vida personal, de ser humano limitado; pero dotado de una pasión creadora, no tiene ninguna fisura o diferencia con la obra que nos deja. Fue bueno como poeta, como periodista y como diplomático. Con la misma tesitura que lo es su obra poética, sus descripciones periodísticas, sus cuentos memorables y sus grandes obras destinadas a divulgar las bellezas de Honduras y las obras de sus escritores y pintores más famosos. El vacío que deja su muerte, la ausencia definitiva de su presencia elegante, educada y discreta sin embargo, le darán brillo a su especial trayectoria, mostrando con su ejemplo a las nuevas generaciones, las características que debe tener la entrega a la creatividad literaria e imponiendo las obligaciones de ser bueno y cordial, al momento de estrechar la mano de los amigos y amar a Honduras por encima de todas las cosas creadas por medio del ejercicio limpio de la palabra.

Tegucigalpa, julio del

OSCAR ACOSTA, CULTURA EN SU MÁXIMA EXPRESIÓN

Por Ricardo Alonso Flores

Que difícil está siendo para mí escribir estas líneas. Resulta muy complicado hacerlo sobre alguien de quien se ha dicho tanto, sobre sus variadas facetas de literato, periodista, diplomático y sobre todo su inteligencia.

Lo conocí en 1971 en una visita oficial que hiciera a México el Doctor Ramón Ernesto Cruz, como Presidente de la República, a la que él fue invitado como presidente de la APH. Ese fue el comienzo de una sólida amistad que se fortalece cuando ingreso a la Secretaría de Relaciones Exteriores, en la que él tenía ya muchos años de laborar. Fue en 1951 cuando se le nombra en Lima, Perú como funcionario de nuestra embajada.

No pasó inadvertida su presencia en esa nación, puesto que su producción literaria se va consolidando

y pronto va adquiriendo mayor notoriedad, dejando profunda huella en sus años en el Diario El Día. Curiosamente de la redacción de ese rotativo salen varios embajadores, como Víctor Cáceres Lara, Santiago Flores Ochoa, Eliseo Pérez Cadalso, Virgilio Zelaya Rubí y el propio Oscar Acosta Zeledón.

En Europa, cuando era embajador en Roma, ocupa la vice presidencia y más tarde la presidencia del Instituto Ítalo Latino Americano (IILA) tiene una estrecha relación con intelectuales de distintos países, entre ellos Mario Vargas Llosa.

Llega a España en los últimos días del franquismo y le toca vivir los inolvidables días de la transición hacia la democracia, encarnada en la figura del Rey Don Juan Carlos I.

Pero eso ha sido repetido con mucha frecuencia y de lo que yo quiero escribir es su invaluable labor en la Cancillería de la República, donde fue siempre el referente en todo lo que se refiere a la cultura e historia.

Rescata una buena cantidad de disposiciones legales, que probablemente nadie sabía si seguían en vigencia o ya habían sido abolidas, porque estaban dispersas.

Recopila con propósitos históricos la documentación abundante de la época de Edgardo Paz Barnica, cuya producción era como si estuviéramos en la redacción de un diario. Eso coincide con el momento muy delicado de la tensión en las relaciones entre Honduras y Nicaragua, donde proliferan las Notas de Protesta, los Comunicados Urgentes y todo lo que pasó en esos años difíciles.

Colabora con Carlos López Contreras y Roberto Flores Bermúdez, en una de las mejores publicaciones que se han hecho sobre nuestro territorio y es el libro de “Definiciones Soberanas”, publicando en el breve pero fructífero periodo del Embajador Mario Alberto Fortín Midence, como Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores.

Es una publicación de más de 800 páginas a la que es necesario acudir para encontrar verdades históricas, documentadas y que son una guía para la soberanía de Honduras especialmente en el Golfo de Fonseca. Años después, por encargo del entonces Canciller Doctor Edmundo Orellana Mercado, trabaja en la selección de notas del “Memorial de la Cancillería”, que tan útil es a los funcionarios porque en él se puede encontrar las

versiones originales y otras modificadas de Leyes y Reglamentos. Un capítulo al que he tenido, por la razón de mi cargo, que recurrir es lo relativo a las Órdenes del Estado de Honduras, como la de Morazán, la de Valle y más recientemente la de Dionisio de Herrera, que inicialmente creará el Ingeniero Don Carlos Roberto Flores, desde la Presidencia de la República, llamada inicialmente Orden al Mérito, consistente en una medalla con cinta roja para poder reconocer el valioso aporte que se diera desde el exterior a nuestro país en los aciagos días del Mitch.

Pocas personas saben que él tuvo mucho que ver en el título que Su Majestad el Rey Don Juan Carlos I le concediera al ahora Real España de San Pedro Sula.

Después que fuera aprobada mi iniciativa en Junta Directiva, el entonces Jefe de Estado, General Juan Alberto Melgar Castro, firmó en su doble condición de éste cargo y de Presidente del Club España un

pergamino en el que se le otorgaba al Monarca la condición de Presidente Honorario, con el propósito que otorgara el título de Real.

Me acompañó en esa misión ante personeros del Ministerio de Asuntos Exteriores, desde donde se mandó a la Casa Real esa solicitud. Fue así como en febrero de 1977 me remitiera el correspondiente Acuerdo firmado por el Marqués de Mondéjar, a la sazón Jefe de la Casa Real la aceptación de Su Majestad, convirtiendo al España en el primer equipo de América de ostentar tal condición. Por ello no cabe duda de la autenticidad del título, que al principio muchos cuestionaron por ignorancia.

Por muchos años escribí discursos para Cancilleres y altos cargos del Estado, con ese acento cultural que solía darle a sus obras. Hace pocos meses, conversando sobre esos avatares, en un tono jocoso me dijo: “Ricardo, usted y yo hemos sido

negros”. Un testigo de la conversación quedó asombrado y pensó que ambos habíamos pertenecido a la raza camita, pero él se apresuró a enseñarle que era una de las tantas acepciones que la Real Academia Española da a esta palabra: “Persona que trabaja anónimamente para lucimiento y provecho de otro, especialmente en trabajos literarios”, muy utilizada en España bastante desconocida entre nosotros.

Su gran calidad como escritor lo llevó a ocupar por largos años la presidencia de la Academia Hondureña de la Lengua, viajando en calidad de tal a diversos países y se sentía muy orgulloso de los logros obtenidos para incorporar al diccionario los hondureñismos. Particular mención merece la antología que el llamará “Alabanza de Honduras” y en la que recoge poesías de los más destacados compatriotas, escritos de poetas como Froylán Turcios, Jaime Fontana, Pompeyo del Valle, Guillermo Bustillo Reina, Juan

B. Valladares, Clementina Suárez, Víctor Cáceres Lara, Rubén Bermúdez, Oscar Castañeda Batres y otros más muy destacados.

Asimismo ese esfuerzo tan grande que constituyó la Revista Política, que por largos años publicara sin finalidades de lucro y que sirviera como exponente del pensamiento de autores de distintas tendencias políticas donde podían leerse opiniones discrepantes pero dentro del máximo respeto. Es difícil señalar en cuál de sus facetas destacó más. Yo diría que en todas y sobre todo fue un hombre humilde, sencillo y bondadoso, que jamás se jactó de sus triunfos, que fueron muchos, para él y para Honduras.

Quisiera concluir la frase que su Alteza Real Don Alfonso de Borbón Duque de Cádiz, quien fuera presidente del Instituto de Cultura Hispánica, quien llamó a Óscar Acosta “excelso cantor de esa hermosa naturaleza”.

